

## Una radiografía de la Editorial Rocas

José Mengual

El propósito de esta intervención es evocar una interesante iniciativa de intervención y activismo cultural en la que Enrique Badosa desempeñó un papel protagonista, la Editorial Rocas y en particular el Premio Leopoldo Alas que la impulsó. Como es sabido, esta editorial nace como consecuencia de la idea de crear un premio literario destinado a galardonar libros de cuentos, que a su vez surge de una voluntad reivindicativa del género.

El proyecto empieza a gestarse a mediados de la década de 1950, cuando Badosa hacía ya un par de años que había entrado en *El Noticiero Universal* y estaba a punto de ver publicada su primera traducción (las *Cinco grandes odas* de Paul Claudel)<sup>1</sup>, y empieza a definirse en conversaciones nocturnas con el estomatólogo letraherido Esteban Padrós de Palacios a partir de la constatación de una evidencia: el cuento literario, como género, no estaba ocupando el espacio editorial que se merecía, y ello lo atribuían al siguiente círculo vicioso: Si la publicación de cuentos estaba relegada a las revistas, y más raramente a los periódicos, era debido al convencimiento de los editores por entonces en activo de que no había lectores suficientes interesados en el género para sostener la publicación de libros de cuentos, y este planteamiento tenía como consecuencia que fuese un género poco cultivado, pues los escritores se enfrentaban a unas enormes dificultades para dar a conocer su obra cuentística, y en consecuencia el género no conseguía despegar ni obtener el reconocimiento crítico que merecía, así que los lectores interesados que pudiera haber ni siquiera se enteraban de la existencia de tales libros de cuentos. La reacción de Badosa y Padrós fue la que podía esperarse de dos jóvenes inconformistas: negar la mayor y asumir la responsabilidad de sacar a la luz a los narradores que valieran la pena para darlos a conocer entre los lectores que, estaban seguros de ello, existían, y estimular de este modo el cultivo, y por tanto también la mejora cualitativa, de la oferta de libros de cuentos en español.

Padrós de Palacios contó en su momento cómo, con la colaboración del profesor Manuel Pla y Salat, consensuaron la siguiente definición de un género tan escurridizo, que hasta cierto punto puede servir de esbozo de poética y criterio editorial: «El cuento es un texto, preferentemente corto, de contenido expectante, cuya acción se intensifica y

---

<sup>1</sup> Paul Claudel, *Cinco grandes odas*, Rialp (colección Adonais), 1955.

aclara en el mismo desenlace».<sup>2</sup> Sin embargo, el propósito de este galardón no era tanto premiar los mejores cuentos, pues ya existían otras iniciativas con este objetivo, sino reivindicar implícitamente como género editorial el libro de cuentos, cosa muy distinta a la compilación o la antología de cuentos. No se trataba, pues, tan sólo de sacar brillo a un género literario, sino que animaba el proyecto una ambición bastante más importante aunque haya pasado más desapercibida: poner en el lugar que merecía una modalidad o género editorial como es el volumen de cuentos con un sentido unitario.

Conscientes de que muy difícilmente encontrarían el apoyo de las editoriales en activo para llevar adelante semejante empresa con la libertad que a su modo de ver requería un premio independiente, buscaron el apoyo financiero del cuñado de Padrós, Manuel Carreras Roca, y el de Martín Garriga Roca, de quien Padrós había sido ayudante en la asistencia a partos a domicilio. Fue sin duda el entusiasmo y el convencimiento de la bondad del proyecto lo que llevó a esos dos médicos a embarcarse en lo que Fernando Valls describió como «una empresa cultural quijotesca»<sup>3</sup>. Así pues, este cuarteto de amigos puso en pie la Editorial Rocas, cuyo principal objetivo sería la publicación de los libros de cuentos galardonados con un premio que, también con intención un tanto indómita, bautizaron con el nombre de un escritor malquista por el régimen franquista, Leopoldo Alas, en un momento en que a Alfredo Herrero Romero se le denegaba la autorización para publicar una edición suelta de *La Regenta* en su editorial (AHR), por considerar que, según subraya el informe de censura, «los verdaderos protagonistas de la obra son la simonía y la lujuria, que convierten un bellísimo idilio digno de Santa Teresa o San Juan de la Cruz en un torbellino de lascivias sacrílegas que llegan hasta el crimen»<sup>4</sup>. Según dejó escrito Esteban Padrós, la decisión de ponerse al amparo del autor de *La Regenta* (y gran cuentista además de crítico genial) respondía al «intento de ponernos al margen de toda actitud servilmente oficial o aparatosamente subversiva. Nuestras ambiciones —prosigue— eran estrictamente literarias y con resultar incómodos nos bastaba.»

Las bases del Premio Leopoldo Alas para Libros de Cuentos Literarios están fechadas en Barcelona en julio de 1955 y las firman Martín Garriga Roca, Manuel

---

2. Esteban Padrós de Palacios, «Breve historia del premio Leopoldo Alas», *Lucanor*, núm. 1 (mayo de 1988), pp. 61-88.

3. Fernando Valls, «Una empresa cultural quijotesca: el premio de cuentos Leopoldo Alas», *El País*. Cataluña, 18 de marzo de 1997.

4. Informe de censura firmado por A. Sobejano y reproducido en Carmen Servén Díez, «Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas frente a la censura franquista», en *Actas del Séptimo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 2001, pp. 744-756.

Carreras Roca, Esteban Padrós de Palacios y Enrique Badosa, y en ellas se anuncia un premio de cinco mil pesetas además de la publicación de la obra ganadora y la opción sobre la finalista; el primer jurado lo completarían además el ya mencionado Pla y Salat, los médicos y escritores Miquel Dalmau Ciria y Gonzalo Lloveras y el abogado Juan Planas Cerdá.

El Premio, así como la colección, se estrenó con lo que retrospectivamente podemos considerar un enorme éxito, el descubrimiento de un escritor que hoy ocupa un lugar importante en la historia del teatro español contemporáneo y cuya obra se ajustaba además a la perfección a la idea de los impulsores del premio en cuanto a qué debía ser un libro de cuentos. El contraste entre las connotaciones botánicas del nombre que figuraba en el envío, Lauro Olmo, y la calidad y cohesión de la obra presentada, *Doce cuentos y uno más*, hicieron suponer incluso a los miembros del jurado que se encontraban ante la candidatura de un narrador experto que se ocultaba tras un seudónimo, pero esta primera selección del ganador ya resultó un acierto indiscutible. Acompañó a Lauro Olmo como finalista Pedro Espinosa Bravo, con *Vosotros desde cerca*.

Fruto probablemente de la inexperiencia, sin embargo, la salida de la colección y el estreno de la Editorial Rocas, ya en la primavera de 1956, no fue tan exitosa como merecía, y a un número excesivo de erratas que acompañarían los primeros libros de la colección se añadía un diseño que en general no gustó, hasta el punto de que poco después se remodeló e incluso se hizo una segunda edición de los *Doce cuentos y uno más* con una nueva cubierta y se instauró la costumbre de añadir un retrato del autor. Precedía a los doce cuentos de Olmo un prólogo de Badosa en que se exponen los objetivos ya señalados del premio, se reivindica el género explicando cuál es la concepción que de él tienen los convocantes y se subraya el interés y la unidad, por otra parte indiscutible, del volumen, si bien en la portadilla que precede a la decimotercera pieza, titulada «Catalina», puede leerse: «Cuento para que las cien cuartillas holandesas que, como mínimo, exige el concurso, no queden tan cogidas por los pelos». La alusión a las «cuartillas holandesas» tiene su gracia, porque la mención en las bases a una «extensión no superior a las ciento cincuenta cuartillas holandesas mecanografiadas a doble espacio y a una sola cara, y no inferior a las cien» fue objeto de una consulta un poco disparatada por parte de algún participante.<sup>5</sup>

---

5. Se comenta en el artículo de Esteban Padrós de Palacios citado en la nota 2.

Aunque desde el primer momento la aspiración de los nuevos editores se limitaba a lograr que la colección pudiera autofinanciarse, otro gran problema al que se enfrentó, también producto de la bisonñez de sus promotores fue el de la distribución, pero esta se resolvió en buena medida con un imaginativo recurso que más tarde pusieron en práctica muchos bancos con motivo del Día del Libro. A Manuel Carreras, y a sus dotes de persuasión, se atribuye la idea de vender los ejemplares suficientes para cubrir gastos a diversas empresas farmacéuticas, con el fin de que los regalaran a sus clientes con motivo de su onomástica. Al parecer, por lo menos durante un tiempo, el sistema funcionó adecuadamente, aunque sin duda la capacidad de los editores de Rocas para descubrir nuevos libros y autores dignos de ser publicados excedían en mucho la capacidad de la industria farmacéutica de por aquel entonces.

El segundo volumen de la colección Leopoldo Alas compendia trece de los mejores cuentos presentados al premio, acompañados cada uno de ellos de breves comentarios de Esteban Padrós y Enrique Badosa, y el tercero fue el ganador de la convocatoria de 1956, Jorge Ferrer-Vidal, con *Sobre la piel del mundo*, para el que de nuevo fue Badosa quien escribió el prólogo. No será ocioso añadir que en esa segunda convocatoria la obra finalista fue *El sol en las afueras*, que firmaba un joven de veintinueve años llamado Luis Goytisolo, que en 1958 sería, con el título simplificado a *Las afueras*, la primera obra galardonada con el Premio Biblioteca Breve impulsado por Carlos Barral. Es indicativo de la acogida que tuvo enseguida el premio entre los cuentistas de esos años fue que se presentaran obras de escritores tan destacados como, entre otros, Medardo Fraile, José María Rodríguez Méndez y Paco Candel. Estos nombres pueden contribuir además a ofrecer una cierta idea del tipo de narrativa a la que iba asociándose el Leopoldo Alas, que en términos muy generales puede definirse como un realismo de denuncia social.

En los años sucesivos, alternaron en la colección los galardonados con el premio, como es el caso de Ramón Nieto (*Los desterrados*, 1958), con otras muestras de jóvenes o prometedores cultivadores del género, como Manuel San Martín (*La noticia*, 1958), Esteban Padrós de Palacios (*Aljaba*, 1959), Daniel Sueiro (*La rebusca y otras desgracias*, 1958), Lauro Olmo (*La peseta del hermano mayor*, 1958) y Julián Gállego (*Muertos y vivos*, 1959), pero vale la pena detenerse en otra convocatoria trascendental del premio, la de 1958, en que se produjo un descubrimiento memorable. En esa cuarta convocatoria se llegó al punto culminante en cuanto a número de obras presentadas, setenta y cinco, del mismo modo que la remuneración del premio había doblado su cifra

inicial. Y por primera vez el Leopoldo Alas recayó en un escritor hispanoamericano, el peruano Mario Vargas, que por entonces contaba veintitrés años y no firmaba aún son su segundo apellido, Llosa; se le premió por *Los jefes*, que en esa versión inicial contaba sólo con cinco cuentos. Por aquel entonces, Vargas Llosa se había establecido en Madrid, donde se encontraba cursando el doctorado en la Complutense gracias a una beca de estudios Javier Prado, y al saber de la existencia del premio reunió algunos cuentos que tenía escritos hasta entonces, alguno de los cuales consiguió luego publicar antes de la aparición de *Los jefes*, y los mandó tras mucho dudar. Se impuso a Manuel Alonso Alcalde, que quedó finalista con *Dónde va su destino*, pero por primera vez en la trayectoria del Leopoldo Alas la reacción de la crítica fue en general bastante desfavorable o poco afortunada. Antes de la aparición del libro, se hizo eco del premio Eduardo Tijeras desde las páginas de *Cuadernos Hispanoamericanos*, donde ya empezaba por escribir equivocadamente el nombre del autor como «Mariano Vargas»,<sup>6</sup> prelude de algunas críticas poco amables. La reseña publicada en el *Diario de Barcelona* llegó al extremo de preguntarse «cómo serían las demás obras presentadas al concurso, cuando esta logró sobresalir de ellas»,<sup>7</sup> y a este texto parece referirse el autor cuando evocó la recepción crítica de *Los jefes* en una conferencia en 1997 titulada «El día que me instalé en Sarrià»:

Es un libro que pasó más bien inadvertido pese a haber sido premiado. Recuerdo que hubo cinco críticas, y aunque he olvidado casi todo lo que los críticos han dicho de mis libros después de leerlos, siempre recuerdo aquella crítica, muy hostil, creo que la única de esas cinco que apareció en alguna revista o periódico de Barcelona, por lo inesperado del reproche que se me hacía en el texto. Decía que el libro estaba mal escrito y que se utilizaban algunas expresiones que eran absolutamente inaceptables.<sup>8</sup>

Aun así, pasado un tiempo, tanto la crítica como el propio Vargas Llosa han identificado en este primer libro una versión germinal y a pequeña escala del universo narrativo que desplegaría en sus obras posteriores.<sup>9</sup> Tan importante como ello es que la

---

6. Eduardo Tijeras, «Noticia sobre la colección Leopoldo Alas», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 115 (junio de 1959), pp. 68-72.

7. D. de F., *Diario de Barcelona*, 27 de noviembre de 1959.

8. Mario Vargas Llosa, «El día que me instalé en Sarrià», conferencia fechada el 23 de enero de 1997 y pronunciada en el Cicle de Converses a Barcelona del Institut de Cultura de Barcelona, recogida en Arcadi Espada, ed., *Diario de posguerra*, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 169-192.

9. En una entrevista con Leandro Pérez Miguel, afirmaba el escritor peruano: «Creo que [*Los jefes*] es un libro donde se ve una personalidad en proceso de formarse. *Los jefes* es un pequeño microcosmos de lo que vendría a ser el resto de mis libros» (Leandro Pérez Miguel, «Mario Vargas Llosa: “*Los jefes* es un microcosmos del resto de mis libros”», *El Mundo*, 11 de agosto de 1999). Valga como ejemplo de crítica retrospectiva el comentario de Luis Sanz de Medrano en su *Historia de la Literatura Hispanoamericana (Desde el Modernismo)* (Madrid, Taurus, 1982, p. 446), que describe *Los jefes* como «Una sucesión de relatos en los que se dan elementos que constituyen la base de planteamientos

obtención del premio y la consiguiente publicación de este volumen de cuentos convenciera al escritor peruano de la viabilidad de convertirse en escritor. No es un mérito desdeñable, pero además encaja perfectamente con la vocación que ya desde el momento en que se formuló había alimentado el Leopoldo Alas: alentar la creación literaria, aunque en el caso de Vargas Llosa se decantara luego más por la novela y por publicarla con Carlos Barral. E incluso como antecedente del boom de la literatura hispanoamericana que estaba a punto de estallar resulta un hito significativo el descubrimiento por parte de la Editorial Rocas de Mario Vargas Llosa.

A *Los jefes* siguieron el primer volumen de la colección que aparece sin prólogo, *Fe de vida*, de Jorge Ferrer-Vidal, y *Ligeramente negro*, de Carmela V. Saint-Martín, antes de la aparición ya en 1960 del siguiente volumen premiado, *El viejo de las naranjas*, de Pedro Espinosa. En esa ocasión se publicó también la obra finalista, *La víctima*, de Víctor Mora, que prologó Badosa.

A continuación se dieron a conocer obras de Manuel Pinares (*Cuentos de la buena y de la mala pipa*), Jorge Ferrer-Vidal (*Cuando lleguen las golondrinas con la primavera*), Ángel Menéndez, Genaro Company, Manuel Alonso y *El arrepentido*, de Ana María Matute, quien por entonces tenía a sus espaldas una obra narrativa importante en la que alternaban las novelas con los libros de cuentos, y acumulaba ya dos Premios Nadal, un Premio Gijón, un Planeta, un Premio de la Crítica y un Nacional de Literatura. Tras este claro ejemplo de autora en la cresta de la ola de la popularidad y el reconocimiento, se publicó también en 1961 *Cuentos de ayer y de hoy*, el primero en la luego extensa y diversa bibliografía de Ramón Carnicer, que había obtenido el premio correspondiente al año anterior. Le acompañó como finalista Carmen Kurtz con *El último camino*, que fue publicado también ese año, en lo que podemos interpretar como un cierto equilibrio entre el descubrimiento y estímulo a nuevos autores y el apoyo a otros ya consagrados, pero en realidad en muchos casos este equilibrio fue consecuencia de los resultados de unas votaciones inusualmente libres e independientes. A Carmen Kurtz le siguen otros nombres ya por entonces sobradamente conocidos y prestigiosos, como el de Ignacio Aldecoa, con *Arqueología*, y de nuevo el de Matute, con *A la mitad del camino*, pero a continuación aparece *Cuentos, estampas y hablillas*, el primer libro de Pilar Querol, periodista que en los dos años anteriores se había quedado cerca de las

---

posteriores. Los adolescentes que circulan por estos cuentos prefiguran en buena medida los de *La ciudad y los perros* y están emparentados con personajes análogos de otras narraciones [...]. Son historias de rebeldía, de machismo y desesperanzas en las que el espacio urbano, otro factor determinante en la obra de Vargas Llosa, marca su impronta.»

votaciones finales del Premio Nadal con las novelas *He clamado a ti, Señor* (en 1959) y *La resaca* (en 1960). Y también el siguiente título de la colección fue de un debutante, el también periodista Felipe Mellizo, con *Los redimidos*, que prologó Ramón Carnicer, quien se había incorporado como miembro del jurado en sustitución de Gonzalo Lloveras.

En 1963 aún se publicaron varios libros además del galardonado con el Leopoldo Alas el año anterior, en ese caso *El insolente*, de Manuel San Martín, a quien años antes se había publicado ya en esta misma colección, del mismo modo que repiten nombres como los de Jorge Ferrer-Vidal o Víctor Mora, pero a medida que la década se acerca a su meridiano, y pese a una remodelación en el diseño de los volúmenes, la producción se va ralentizando hasta el punto de que a partir de 1965 los únicos títulos publicados serán los de las obras galardonadas, entre las que se cuentan libros de los ya mencionados Carmela V. Saint-Martin (a quien Luis Rosales prologó *Con suave horror*) y Pedro Crespo (que se impuso a Félix Grande y sus *Luces en el suelo mojado*), junto a nuevas incorporaciones como las de Antonio Pereira, de un Manuel Valdés que contaba por entonces tan sólo diecinueve años, y se cerró la colección con el último premiado, Ángel Palomino, que lo obtuvo por el volumen *Suspense en el cañaverol*. No debió de ser ajeno a esta disminución de la actividad editorial en Rocas la entrada de Enrique Badosa en Plaza & Janés en la primavera de 1964.

Como es muy lógico a la vista de este somero repaso, la trayectoria de la Editorial Rocas ha quedado estrechamente vinculada a una colección y un premio de la importancia cultural del Leopoldo Alas, de la que no puede hacerse sino un balance muy positivo tanto por la cantidad de vocaciones que alentó como por la calidad de los escritores a los que dio a conocer y a los que contribuyó a asentar en el panorama de la narrativa en lengua española.

Sin embargo, las publicaciones de la Editorial Rocas no se restringieron a este ámbito, y unos años después de dejarse de convocar el premio y de cerrada la colección Leopoldo Alas aún aparecieron en la Editorial Rocas algún que otro libro de innegable interés, como es el caso del poemario de Joan Argenté *Cicle, bicicle, tricicle* (1967), la antología del médico, traductor y poeta Javier Lentini *Cantos de muerte y añoranza* (1969), el exitoso *La habitación 34* (1971), donde el eminente cardiólogo Ferran Martorell recopila anécdotas de su época de estudiante, y años más tarde aparecería también en Rocas, del mismo autor, *Verdades y mentiras* (1983), en el que evocaba sus cinco encuentros con Francisco Franco. Y a ello deben añadirse además otras

publicaciones de carácter más marcadamente médico o de historia de la medicina y de su relación con la cultura que aparecieron con el sello de la Editorial Rocas, entre las que pueden mencionarse, ya de 1959, el que compila las *Jornadas conmemorativas del cincuentenario del Hospital Clínico*, o bien *Oftalmología, nociones de la especialidad para futuros médicos* (1961), de José Casanovas; *El silencio y la palabra del médico* (1964), *Conceptos de la medicina moderna* (1967) y *Noticias sobre Paracelso* (1968), entre otros títulos, de Pedro Laín Entralgo; *La esterilidad en la historia* (1965), del doctor César Fernández Ruiz y profusamente ilustrada, cuyo descriptivo subtítulo era «Episodios tocoginecológicos de mujeres ilustres», o, para no alargar más esta enumeración, el *Libro de la diabetes* (1973), de José María Cañadell Vidal, que va precedido de un «breve, amistoso delantal de Camilo José Cela».

Con el antecedente y gracias a la experiencia adquirida en la brillante iniciativa que fue la colección Leopoldo Alas, no es de extrañar que más adelante Manuel Carreras se convirtiera por ejemplo en director de la revista *Medicina & Historia*, o sobre todo que alguna mente despierta sugiriera como posible editor en Plaza & Janés el nombre de quien ya había demostrado con creces su buen olfato editorial como fue Enrique Badosa.